

## EL PUEBLO UNIDO, JAMAS.

Lucía Laragione y Marcelo Cosin (CABA)

PERSONAJES

ALFONSÍN

ELLA

*Primera Jornada.*

*La acción transcurre en marzo de 2009 y se desarrolla en cuatro jornadas.*

*Un cuarto amplio. Una biblioteca con libros, adornos, fotos. Un escritorio de caoba, tradicional sobre el que hay, papeles, un tintero y una notebook. Un televisor encendido pero mudo, que transmite, una película de los años cincuenta. Una banda negra cubre el sector de la pantalla en el que aparecen los subtítulos en español. Hay también un perchero del que cuelga un abrigo, una gorra, un paraguas. Una lámpara de pie ilumina el sillón hamaca en el que Raúl ALFONSÍN dormita, arropado con una manta escocesa. Se oye el audio del discurso que dio desde el balcón del Cabildo, el 10 de diciembre de 1983, día en que asumió la presidencia de la Nación.*

En off ALFONSÍN: “Este es un saludo nada más, y no hubiera sido completa la fiesta de la democracia argentina -por lo menos para mí—si no hubiera contado con la posibilidad de encontrarme nuevamente con ustedes para ratificar una vez más que soy el servidor de todos, el más humilde de los argentinos.

Me comprometo nuevamente a trabajar junto con todos ustedes para concretar los objetivos que hemos pregonado por toda la extensión de la geografía argentina, y hacer ciertos esos objetivos que los hombres que nos dieron la nacionalidad nos presentan como un mandato que ahora sabemos está al alcance de nuestras manos.

Entre todos vamos a “constituir la unión nacional, consolidar la paz interior, afianzar la justicia, proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que deseen habitar el suelo argentino”.

*Silencio.*

*Entra al estudio ELLA, una mujer de unos 50 años, elegante. Viste un traje sastre de medio tiempo y usa tacos altos. Cuelga el saco y la cartera del perchero. Don Raúl se despierta.*

ALFONSÍN: *(Sobresaltado.)* ¿Usted es ...?

ELLA: Tenemos una cita.

ALFONSÍN: ¿Una cita? No sé de qué habla... ¿Usted?

ELLA: Ya va a entender doctor...

*Silencio durante el cual él la observa con extrañeza.*

ALFONSÍN: ¿Sabe? Sin embargo, su cara me resulta vagamente familiar...

ELLA: Hubo un momento en que estuvimos muy cerca, pero no había llegado la hora todavía...

ALFONSÍN: ¿La hora? ¿Qué hora es?

ELLA: Es muy temprano, doctor. Son las tres de la madrugada.

ALFONSÍN: La hora de las pesadillas... O de las confesiones ...

ELLA: Eso me gusta más.

*Silencio.*

ALFONSÍN: ¿Vino a escuchar confesiones?

ELLA: Vine a escuchar lo que usted tiene para decirse.

ALFONSÍN: Para decirme... *(Pausa)* ¿Se refiere a algo así como un balance?

ELLA: Podríamos llamarlo de ese modo, doctor.

*Silencio.*

ALFONSÍN: Dígame Raúl, así entramos en confianza.

ELLA: Me parece bien, don Raúl.

ALFONSÍN: Sáquele el don, que ese es un invento de Duhalde que se quiere hacer el jovencito conmigo.

ELLA: Entonces, Raúl... No tengo inconveniente en complacerlo. Es un acto de confianza mutua ¿le parece?

ALFONSÍN: Eso es lo que necesitamos, señora: confianza. Porque a esta altura, es lo que hace falta para poder sacarse algunas cosas de adentro. “Confianza”, vaya palabra que encontramos para empezar este .... ¿trabajo?

ELLA: No necesita tomarlo como un trabajo, Raúl. Es apenas una manera de ponernos al día, de encontrar algo de verdad entre tanta confusión ¿no cree?

ALFONSÍN: Llegar a esta altura y tener que encontrar verdad, señora, me parece difícil, pero en una de esas, quién le dice, entre los dos algo sacamos.

ELLA: (*Sonríe.*) Lo vamos a intentar, Raúl.

ALFONSÍN: (*También sonriente.*) Tengo un confesor ¿sabe? Es mi primo Arancedo, el obispo, bien conectado con el de arriba (*señala el techo con su dedo índice*). Aunque, para serle sincero, lo que hago con el primo es más bien cumplir con una promesa que le hice a mamá.

ELLA: ¿Le tiene miedo a la muerte, Raúl?

*Pausa larga.*

ALFONSÍN: ¿Quién quiere que le conteste?, ¿el político?, ¿el hombre? ¿el viejo desahuciado? O ¿el eterno optimista que siempre llevo adentro?

ELLA: Cualquiera, Raúl. El que lo represente mejor. Igual...

ALFONSÍN: Igual me voy a morir, ¿no es así señora?

ELLA: Así es. Para qué nos vamos a engañar. Son ochenta y dos años de vida muy intensa, Raúl.

ALFONSÍN: Entonces, tal como me imaginaba, esto es un balance. Tengo que hacer el debe y el haber de mi vida. Yo, que nunca fui bueno para los números, (*Tose.*) tengo que decir sin esconder nada qué hice bien, qué hice mal, qué me queda pendiente y como buen cabrón que dicen que soy, hacerlo sin censura, sin cortesía y con decisión. ¿Por dónde quiere que empiece, señora?

ELLA: ¿Por el preámbulo?

ALFONSÍN (*Se ríe con ganas.*). Me gusta su estilo. Irónica, graciosa y, si me permite, seductora. (*Pausa.*) No me la imaginaba así...

ELLA: ¿Y cómo me imaginaba?

*Silencio.*

ALFONSÍN: Bueno, usted sabe...

ELLA: Claro, sí. El esqueleto, la guadaña ... Todas esas imágenes para aterrorizar a los crédulos.... Pero ¿sabe? Llegado el momento cada cual me ve cómo puede ...

*Silencio.*

ALFONSÍN: ¿Estoy soñando? ¿O es cierto que se me terminó el tiempo?

ELLA: Empiece por el preámbulo Raúl.

ALFONSÍN: ¿Quiere que le cuente por qué usaba el preámbulo de la Constitución Argentina para finalizar mis discursos de campaña?

ELLA: ¿Lo recitaba como un poema político o como un poema de amor? Mire Raúl que en esos años de campaña y elecciones, dicen que usted ganó gracias a las mujeres, especialmente gracias a las mujeres peronistas de la provincia de Buenos Aires.

*Pausa.*

ALFONSÍN: Me pregunto cómo lo sabe. Pero sí, fue así. Y más que por lo que yo decía en los discursos, creo, que esas muchachas, esas señoras, necesitaban que alguien les diera confianza, certidumbre, que alguien les prometiera, al menos, que sus hijos no iban a terminar como en Malvinas, que iban a tener asegurada la educación primaria, que no les iba a faltar el pan en la mesa.

ELLA: ¡Muy bien por el ALFONSÍN político! Ahora dele paso al hombre, al Raúl campechano, a ese que todos veían como un hombre común de Chascomús, incapaz de robar una moneda, honesto, desinteresado, buen tipo, buen amigo. ¿Era realmente así, o escondía un diablito que desde muy joven se había convencido de que iba a ser presidente de la República?

*Pausa.*

ALFONSÍN: Cuando le dije a un dirigente de la UCRI, el partido de Arturo Frondizi, que me quedaba con Balbín en la UCR del Pueblo, el tipo me contestó que yo lo hacía porque me habían ofrecido ser candidato a concejal y que, de no haber sido por eso, seguramente habría seguido a Don Arturo. La verdad es que cuando uno tiene veintidós o veintitrés años y decide que va a hacer política el resto de su vida, viva en Chascomús o en Quemú Quemú, a lo que aspira -lo confiese o no- es a ser presidente. Nadie dice, “ojalá algún día sea diputado”. Todos nos vemos frente al espejo con la banda y el bastón.

ELLA: Le llevó poco tiempo, Raúl. Tenía sólo 56 años cuando llegó a la presidencia. Hoy sería algo así como un muchacho.

ALFONSÍN: Era abuelo y eso ya es decir mucho. Mire señora, ser político está muy mal visto en todas partes. Es una profesión tan mal vista como la de vender autos usados. Y si uno es abogado, para qué le voy a contar. Don Arturo Illia se fue derrocado de la Casa de Gobierno parando un taxi que pasaba por la calle Balcarce. Don Hipólito Yrigoyen, siendo dos veces presidente, vivía en un viejo departamento de la calle Brasil 139, en Constitución. Lo acusaban de ladrón, y cuando arrasaron con su casa, no encontraron nada más que su cama, el ropero y la pava para el mate. Del mismo Perón se dijo que

había amasado una fortuna y la verdad es que, si no hubiera sido por Jorge Antonio que lo ayudaba con plata, su exilio hubiera sido un martirio. A mí, señora, nunca me interesó la plata. Es más, hace años que no ando ni con monedas en el bolsillo. Una vez siendo candidato tomé un taxi y cuando el chofer me quiso cobrar me quedé atónito. Todos los tacheros me conocían y ninguno me cobraba. Pero a este, vaya a saber por qué, se le dio por decirme son ciento sesenta pesos. Me quedé asombrado y le dije, discúlpeme, pero me olvidé la billetera en mi casa - mentí - y el tipo me dijo, bueno déjeme la cédula o el reloj. Por suerte me esperó - al menos me tuvo confianza - bajé del coche de alquiler y fui hasta la casa donde me estaban esperando y uno de los muchachos me prestó la plata y fui directo a pagarle. Me acuerdo que le di doscientos pesos y cuando me dio el vuelto me lo guardé. El taxista me dijo como en cargada.... “muchas gracias por la propina. Yo, al que no le cobro es a Luder, radicheta”.

ELLA: Le tocó un tachero peronista, Raúl. Aún quedaban algunos.

ALFONSÍN: Todas las encuestas, a tres meses de las elecciones, daban ganador a Luder.

ELLA: Y usted ¿no se sentía como el ganador?

ALFONSÍN: Algunos días sí, otros no. Dependía del humor con el que me despertara. Hasta que encontré la idea que, a mi entender, nos hizo ganar las elecciones. ¡La denuncia del pacto síndico-militar! Eso fue una genialidad que se me ocurrió una mañana de abril de ese año electoral. Había conversaciones entre los militares y algunos sindicalistas peronistas. Eso olía a pacto.

ELLA: Pero usted dijo que tenía las pruebas de ese pacto y nunca las presentó.

ALFONSÍN: *(Tose un buen rato.)* Es cierto, nunca presenté esas pruebas.

ELLA: Pero dijo que las tenía

ALFONSÍN: Eso dije.

ELLA: Pero no las tenía.

ALFONSÍN: No, no las tenía. Pero era cierto que había un pacto.

ELLA: Y tuvo que mentir.

ALFONSÍN: Por el bien de la patria.

ELLA: *(Ríe.)* Usted es lo que se dice un político con todas las de la ley.

ALFONSÍN: No, simplemente, un político.

ELLA: *(Ríe más fuerte.)* Un político mentiroso, como cualquier político.

ALFONSÍN: *(Enojado.)* Mentir miente todo el mundo. Yo no mentí, porque el pacto existía, lo único es que no habían dejado documentación a la vista. Yo dije la verdad, lo que pasaba era que no tenía cómo demostrarlo. Pero eso es harina de otro costal.

ELLA: Jugó sucio.

ALFONSÍN: ¡Eso no se lo permito, señora!

*Silencio.*

ELLA: No me hable así, doctor. Usted sabe...

*Pausa larga. ALFONSÍN tose y ELLA le alcanza un vaso de agua que él bebe con apuro. ALFONSÍN se agita, se toma la cara entre las manos.*

ALFONSÍN: Si, sé. Ya sé con quién estoy hablando. Pero lo olvidé por un instante. No es la primera vez que me pasa. También lo dejé al presidente Reagan con la boca abierta olvidándome con quién estaba hablando.

ELLA: No me compare con Reagan, por favor, doctor ALFONSÍN.

ALFONSÍN: Volvió al doctor. Se sintió ofendida, atacada.

ELLA: Raúl, cuando se ve atacado por usted mismo, también se espanta, se enoja y hasta se enfurece. Me hace acordar a su defensa del punto final y la obediencia debida. No estaba de acuerdo consigo mismo. ¿O me equivoco?

ALFONSÍN: Tuve que salvar la democracia. ¡Qué va a entender usted de estas cosas!

ELLA: ¡Me está ofendiendo otra vez, doctor! *(Pausa)* Sepa que no solo las entiendo, las justifico. Por algo somos lo que somos. Una parte nuestra desprecia lo que hicimos, y otra parte nuestra le encuentra justificación. De eso se trata, Raúl.

ALFONSÍN: Yo siempre, pero siempre, hice lo que hice, mal o bien, equivocándome o acertando, decidiendo con la razón o por puro sentimiento, cuerdo o loco, pero siempre con una sola intención *(Pausa.)*... Constituir la unión nacional.

*ELLA lentamente se levanta de su silla, descuelga el saco y la cartera. Mira a ALFONSÍN que se va quedando dormido mientras se hamaca. Le acomoda la manta escocesa. Apaga la luz de la lámpara y, cuando sale, apaga la del cuarto. Entredormido, ALFONSÍN, vuelve a encender la lámpara.*

*Segunda Jornada.*

*ALFONSÍN está en su sillón hamaca. La manta escocesa, a un costado. Tiene en la mano un control remoto. El televisor está encendido. Sigue la misma película norteamericana de los años cincuenta, pero ahora con sonido. La parte inferior de la pantalla sigue cubierta con la cinta que impide leer los subtítulos. ALFONSÍN escucha el diálogo y repite en pésimo inglés lo que acaba de escuchar.*

*ALFONSÍN: (Con mala pronunciación.) Tell me, darling, tell me that you will wait for me until I return. Tell me that the wait will be short. Tell me that you won't forget me.*

*Retrocede la película, vuelve a escuchar el original, pone pausa y repite, intentando mejorar la pronunciación.*

*ALFONSÍN: (Sigue pronunciando mal.) Tell me, darling, tell me that you will wait for me until I return. Tell me that the wait will be short. Tell me that you won't forget me-*

*ELLA sentada en la silla que está frente al escritorio. Sonríe al escuchar el intento de ALFONSÍN por pronunciar mejor su inglés.*

*ELLA: Poco a poco vamos mejorando el inglés, ¿verdad Raúl?*

*ALFONSÍN: Ya no queda tiempo para eso, señora. (Pausa.) Pero quizás quede todavía para avanzar hacia la unidad nacional, eso que Néstor llama la transversalidad.*

*ELLA: ¿Y usted que va a hacer para eso...la transversalidad?*

ALFONSÍN: (*Enojándose.*) ¿Cómo “que voy a hacer”? Aún tengo autoridad para que los muchachos convenzan al vicepresidente que declare su adhesión a las listas del gobierno.

ELLA: No me diga que está pensando en las próximas elecciones...

ALFONSÍN: (*Sigue enojado.*) ¡Si, señora, en eso estoy pensando! ¿En qué quiere que piense si no?

*Pausa larga.*

ELLA: Algo me estaba diciendo antes sobre sus dificultades con el inglés.

*Pausa.*

ALFONSÍN: Volvamos al inglés, entonces... A veces pienso que esta es una maldición del Cielo por ser nieto de un irlandés y una kelper. ¿Sabía eso?

ELLA: Si, algo sabía. Pero cuente, vamos cuente que promete ser sabroso.

ALFONSÍN: (*Mientras tose y se ríe al mismo tiempo.*) Sucede que mi abuelo nacido en Irlanda, con acento inglés de origen, casado con una kelper de las Islas Malvinas, que no hablaba español y cuyo apellido era nada más y nada menos que Ford, resulta ser anticolonialista. Y le prohíbe a mi madre, mitad británica ELLA, aprender inglés. De ahí debo salir yo medio izquierdista, un poco anarco y de espíritu rebelde.

ELLA: ¿Y por qué, doctor, esa obsesión por hablar inglés?

ALFONSÍN: Estudio inglés desde que era chico. Nunca tuve demasiadas aptitudes para los idiomas, pero con el inglés es un esfuerzo totalmente desafortunado. Ahora mismo, señora, casi al final de mis días... (*Pausa*) ¿Cuánto me queda? Porque...

*Silencio.*

ELLA: Vamos, siga Raúl, siga.

ALFONSÍN: Sí, sigo. Sigo empeñado en mejorar mi dicción. Hace años que mi profesora de inglés se obstina en que vea películas habladas en inglés y que no lea los subtítulos en español.

ELLA: Si, ya lo veo. Tiene “censurado” el español en la tele.

ALFONSÍN: Si, así es. Pero nunca pude decir con buen acento “Good mornning”, me sale un “gudmornin” porteño, o gallego, como más le guste.

ELLA: Por algo le dicen que es un gallego terco.

ALFONSÍN: Cabrón, me dicen. Cuando me sale la gallegada de adentro soy como un gaucho matrero.

ELLA: Y su mamá, Raúl, lo tenía a raya. ¿verdad? Lo mandó a ser militar para que en la vida fuera un tipo derecho.

ALFONSÍN: Mamá fue muy importante en mi vida. Hasta sus últimos días no dudaba en decirme lo que pensaba acerca del país, mis actos políticos e inclusive me reprochaba algunas cosas que no le parecían bien que yo hiciera.

ELLA: ELLA, con noventa y tres años, lo cuidó a usted cuando casi muere después del accidente de auto en el sur.... Ahí estuve cerca...

ALFONSÍN: ¿Estuvo cerca?

ELLA: No había llegado su hora todavía...

*Pausa.*

ALFONSÍN: ¡Ah! Tal vez por eso su cara me resulta familiar...

ELLA: Estaba diciendo algo sobre su madre.

ALFONSÍN: Mi madre. Noventa y tres años... Once más que los que yo tengo ¿se da cuenta?... Pero, claro, mamá tenía una salud envidiable y, sobre todo, una mente lúcida. Es cierto, ELLA fue de las pocas que tenía acceso a mi cuarto en el Hospital Italiano y no dejaba de dar instrucciones a los médicos que me atendían.

ELLA: Le importaba la política, el país y tenía sus propias ideas. ¿es así?

ALFONSÍN: Era así. (*Pausa.*). Los últimos años de su vida los vivimos muy cercanos. Pasaba a verla casi todos los días, salvo cuando estaba de gira. Vivía con mi hermana Silvia en un edificio en la misma cuadra del mío.

ELLA: Su mamá murió a los noventa y siete años. A usted ¿le gustaría vivir tanto?

ALFONSÍN: ¡Sí, por supuesto! Estoy persuadido de que, si se encuentra rápido un buen medicamento para este cáncer de pulmón, posiblemente viva cien años.

ELLA: Cien años. Eso dijo usted que iba a durar la democracia. ¿Se acuerda? Lo dijo en el discurso de los cien días de gobierno: “cien días de gobierno para cien años de democracia”.

ALFONSÍN: Bueno, ya pasó un cuarto de ese siglo y si me preguntaran ahora diría doscientos años, o más.

ELLA: Todos sus amigos dicen que es un optimista irreductible. Se nota.

ALFONSÍN: Desde chico. Siempre tuve una actitud positiva.

ELLA: Cuenta un correligionario suyo que siempre vio como positivo el llamado Pacto de Olivos con el presidente Menem.

ALFONSÍN: Y no se equivoca. Sin la constitución del 94, una constituyente modelo en la que trabajamos codo a codo radicales y peronistas, la democracia hubiera tambaleado. Hasta los errores de Menem los viví como una experiencia muy positiva. Para no repetirlos, claro.

ELLA: Es casi un exceso de optimismo, Raúl. ¿Quizás resabios de una educación del Colegio Militar?

ALFONSÍN: Muchos tratan de ver ese período de mi vida como un resabio de autoritarismo en mi personalidad, pero es un error. Aunque no sea fácil de entender...

ELLA: Claro que lo entiendo, Raúl. Pero reconozca que un poquito de costumbres milicas le han quedado. Eso que se aprende en el Colegio Militar queda como grabado a fuego.

ALFONSÍN: Es cierto, no lo voy a negar. Pero aunque no lo crea, me sirvió bastante para llegar a ser presidente. Si no, pregúntele al matoncito de Rico cómo le fue conmigo en Campo de Mayo. Hasta se cuadraba el mocito. Y vino otro de los que tenían la cara pintada y se le ocurrió decirme cómo debían ser las “negociaciones”. ¿Negociaciones? le respondí

al maleducado. Acá yo vine a pedir explicaciones, no vine a negociar nada. Usted está hablando con el presidente de la Nación, soldado.

ELLA: Y dígame. Y no quiero que se enoje, ¿eh?

ALFONSÍN: Estoy preparado. ¡Dispare nomás!

ELLA: No será un disparo Raúl. Sólo una pregunta. *(Pausa.)* ¿Fue un error o una agachada lo de la obediencia debida y punto final?

*Pausa larga.*

ALFONSÍN *(Tose repetidamente.)* Hoy es fácil criticar esas dos leyes, que, por otra parte, fueron aprobadas por el Congreso Nacional. Yo las promoví con un intenso dolor, pero sabiendo que era la única manera de preservar la democracia en la Argentina. Por supuesto que estoy de acuerdo con su anulación. Pero hoy en día nadie recuerda que si no hubiera sido por mi propuesta no estaríamos festejando en el país y en América, un cuarto de siglo de democracia ininterrumpida, y que lo será por mucho más tiempo.

*Vuelve a toser.*

ELLA: *(Mientras le alcanza un vaso de agua.)* Raúl: ¿puede dejar de seguir haciendo política, discursos y gestos de radical que necesita ganar elecciones? Lo acabo de escuchar y me pregunto qué le pasa por la cabeza cuando se trata de morir, al menos, con la conciencia tranquila. Estamos tratando de irnos de esta Tierra entendiendo al menos que no somos perfectos, ni intachables, ni siquiera de una sola manera. ¿Cuántos alfonsines hay? No me diga que solo hay uno...

ALFONSÍN: *(Tose.)* Pero ¿Qué pretende? ¿Espera que me saque de encima sesenta y cinco años de comité? ¿Usted cree, señora, que estoy en campaña? ¿Qué quiere? ¿Quiere que le recite el preámbulo? ¿Por qué no me deja de joder un poco? Estoy cansado. Una vez le preguntaron a Freud qué esperaba que se dijera de él cuando su cuerpo fuera ceniza o materia orgánica. ¿Sabe qué contestó? No tengo el más mínimo interés en saber, o pensar qué espero que digan o escriban sobre mí después de muerto. Eso para mí no será ni

siquiera relevante. No será nada. No perdería un minuto de mi vida en pensar en eso. Antes preferiría contemplar esa flor, tocar esa hoja que acaba de caer de ese árbol.

ELLA: ¿Influencia de Erich Fromm? Fue su autor de cabecera ¿no? Esto no lo sabrá nadie, Raúl. Queda entre usted y yo. Esto no es un pacto político. Esto es apenas un pedazo de tiempo con palabras, con gestos. Esto que está pasando, Raúl, es nuestro secreto.

*ALFONSÍN toma el control remoto y apaga el televisor, aparta la manta escocesa de encima y con dificultad se pone de pie, apoyándose en la hamaca. Toma un libro del escritorio y lee:*

ALFONSÍN: “Por fin, la muerte nos parece menos intolerable que los fardos que cargamos. ¿Por qué debería yo esperar un tratamiento especial? La vejez, con sus arrugas, llega para todos. No me rebelo contra el orden universal. Finalmente, después de setenta años, tuve lo bastante para comer. Aprecié muchas cosas -en compañía de mi mujer, mis hijos- el calor del sol. Observé las plantas que crecen en primavera. De vez en cuando tuve una mano amiga para apretar. En otra ocasión encontré un ser humano que casi me comprendió. ¿Qué más puedo querer?” (1)

ELLA: ¿Eso dice Fromm?

ALFONSÍN: No señora, eso lo dice Sigmund Freud.

*ELLA toma su saco y su cartera del perchero. ALFONSÍN, deja el libro que estaba leyendo. Con dificultad vuelve a sentarse en su sillón hamaca. ELLA lo cubre con la manta y le acaricia la cabeza. Apaga la luz de la lámpara y al salir apaga la luz del cuarto. ALFONSÍN, vuelve a encender la lámpara.*

*Tercera Jornada.*

*ALFONSÍN se levanta lentamente de su silla hamaca, deja sobre ELLA la manta que lo cubre y camina muy despacio hacia la biblioteca. De un hueco de la misma toma el bastón presidencial. Lo mira, lo acaricia y vuelve con él hacia su silla hamaca. Con esfuerzo se*

*sienta y apenas cubre con la manta escocesa sus piernas. ELLA, que acaba de entrar, está de pie, aún con el saco puesto. Despacio se lo quita y lo cuelga en el perchero.*

ELLA: *(Socarrona.)* ¿Se está despidiendo del poder, Raúl?

ALFONSÍN: *(Ríe y tose.)* El poder me despidió hace rato, pero no pudieron quitarme ni el bastón ni la voz, esa que uso para decir lo que se me ocurre y cuando se me da la gana.

ELLA: Estuvo seis años en el poder.

ALFONSÍN: Se equivoca señora: estuve cinco años, seis meses y veintinueve días. Cavallo y Menem me dieron un golpe institucional, obligándome a renunciar. Por suerte, yo siempre privilegié la patria por sobre los hombres. Me echaron y una vez más tuve que tomar decisiones en favor de la democracia.

ELLA: Por eso se ganó el apodo del “padre de la democracia”.

ALFONSÍN: ¿Sabe señora que la palabra democracia no figura ni una vez en la Constitución Argentina? Debería haber estado escrita en el Preámbulo. Me hubiera deleitado pronunciarla cada vez que lo recitaba.

ELLA: ¿Cuántas cosas se propuso, Raúl y no pudo, no supo o no quiso?

ALFONSÍN: Demasiadas, señora, demasiadas.

ELLA: ¿Trasladar la capital federal al sur, al frío, al viento, a Viedma?

ALFONSÍN: Eso hubiera sido fantástico, oportuno y saludable para la democracia, pero...usted sabe.

ELLA: Eso, entonces, fue lo peor de todo. ¿No pudo?

ALFONSÍN: No me dejaron. No me dieron tiempo. Pero hubo cosas peores. Este muchacho Saúl Ubaldini, el que era secretario general de la CGT, me hizo trece paros. Gobernar no es administrar, ni gestionar, gobernar es aguantar y defenderse. Parece ser que la lucha por el poder es una guerra, un juego de tablero, en el que lo único que interesa es ganarle al otro.

ELLA: ¿Y usted no hizo lo mismo estando en la oposición?

ALFONSÍN: *(Tose y levanta la voz.)*: ¡JAMÁS! Siempre ayudé.

ELLA: ¿No tuvo nada que ver con la renuncia de Fernando de la Rúa?

ALFONSÍN: Entre nosotros, siempre pensé que era un gran boludo y discúlpeme la expresión. A veces me daba ganas de ir a buscarlo y sacudirlo. El radicalismo siempre tuvo representantes de la derecha. Eso sucede en los partidos que son grandes movimientos históricos.

ELLA: Entonces, ¿fue un error la Alianza con esa candidatura?

ALFONSÍN: Son las trampas de la democracia. Ganó la interna. Y, más aún, pese a ser un boludo, nunca perdió una interna, salvo cuando compitió conmigo para la candidatura a la presidencia en el 83. Le gané 85 a 15 y, sin embargo, por los principios del partido, tuve que elegirlo candidato a senador por la Capital Federal, justo a él, que nunca perdió el acento cordobés.

ELLA: Ubaldini era mala persona, De la Rúa un boludo...parece Raúl que usted no es precisamente un generoso para los calificativos.

ALFONSÍN: Cuando ya no era presidente, Ubaldini vino a verme y a pedirme disculpas. Yo le dije que no se hiciera problemas, que sabía que se trataba de política y nada personal. Estuvo en mi casa, charlamos mucho y coincidimos en muchos aspectos respecto al futuro de la patria. Terminamos amigos, mire usted. Y le cuento algo, Jaroslavsky que era uno de mis correligionarios más cercanos en plena pelea y disputa mía con Ubaldini, iba a tomar mate con él. Eran muy amigos. Una vez lo eché de la quinta a Jaroslavsky, diciéndole: “andá, andá a comer asado con mi enemigo y apoyale el paro”. Y sabe qué, señora, eran amigos, aunque el Chacho nunca me traicionó. La política tiene esas cosas. Muchos no pueden entender qué pasa cuando cae el telón.

ELLA: Parece ser, Raúl, que hay más Unión Nacional entre bambalinas que en las campañas electorales.

ALFONSÍN: Así es, señora. Usted debería dedicarse a la política.

ELLA: *(Sonríe.)* ¡¿Yo?! *(Pausa.)* Puesto menor dijo alguno refiriéndose al cargo de presidente... ¡Vamos, Raúl! No me elogie ni me dé consejos. Mejor dígame cuál fue el peor error que cometió. ¿Lo sabe, puede decirlo?

ALFONSÍN: Lo sé. Como que el agua es transparente

ELLA: ¿Alguna frustración personal, Raúl?

ALFONSÍN: *(Se ríe y tose.)* Para nada, señora. Se ve que usted no me conoce.

ELLA: Lo conozco como si fuera usted mismo.

*Silencio.*

ALFONSÍN: Entonces no pregunte lo que ya sabe.

ELLA: Quiero escucharlo de su propia boca.

ALFONSÍN: “Constituir la Unión Nacional”. Eso. Desde 1853 batiendo el mismo parche y parece ser que la Unión Nacional es como pretender la unión de hinchadas de Boca y River, o Racing e Independiente, o Atlanta y Chacarita.

ELLA: Pero intentos hubo. ¿Por qué nunca se pudo? ¿Qué hay de esa idea del Pueblo Unido Jamás será vencido?

ALFONSÍN: Mire. No voy a perder el tiempo haciendo historia con saavedristas y morenistas, unitarios y federales, Rosas y Sarmiento. A los imperios y a los poderosos nunca les convino la Unión Nacional.

ELLA: Pero hubo una oportunidad. La Hora de los Pueblos, la reunión en el restaurante Nino de Olivos, la relación amistosa entre Balbín y Perón, antes de las elecciones del setenta y tres. ¿Qué hubiera pasado si Balbín aceptaba la fórmula Perón-Balbín?

ALFONSÍN: Antes aún, Sabattini no aceptó ir de vice de Perón en el 46 y bien que hizo. El error fue la Unión democrática con Tamborini-Mosca, la derecha radical asociada a conservadores y comunistas.

ELLA: Usted estuvo en contra de la Unión Democrática.

ALFONSÍN: Era muy jovencito y no tenía influencia en el partido, pero, le digo una cosa, si la Unión Cívica Radical hubiera ido sola a los comicios con Sabattini le ganábamos a Perón.

ELLA: *(Sonríe.)* ¿Y la Unión nacional?

ALFONSÍN: Puro cuento. Mire, señora, pasé noches y noches sin dormir pensando y dándole vueltas a la idea de un movimiento nacional, popular y democrático. Me costó, pero yo dejé de ser gorila mucho antes de ser presidente. No fue fácil, le aseguro. Pero las cosas hay que verlas en el contexto. Perón es presidente con una Europa hambrienta y con un

Estado que tenía el monopolio de las exportaciones de granos, cereales y carnes. Por supuesto que el gobierno peronista era autoritario, pero lo era en un mundo autoritario. Yo incorporo a mi discurso electoral la idea peronista de la Justicia Social, los nombro a Perón y a Evita, les digo a todos que los objetivos que tenía el peronismo y el radicalismo eran los mismos, pero variaban los métodos y las personas. Luder había consentido en darles a los militares una amnistía y yo no. Lo primero que hice fue incriminar a los responsables de la dictadura en un juicio que no se repitió ni en Chile ni en Uruguay ni en Brasil.

ELLA: (*Interrumpiendo.*) Pare, pare, Don Raúl. Otra vez está intentando convencerme de que hay que votarlo y no es esta la intención de nuestro encuentro. Todo esto ya pasó, estamos en el 2009, la presidenta es Cristina Kirchner, una peronista carismática y dueña de una personalidad avasalladora. Hace unos días usted fue homenajeado en la Casa Rosada y pusieron su busto de presidente al lado de Perón y de Yrigoyen. (*Pausa.*) Sabe que se está muriendo de un cáncer de pulmón y esta es una oportunidad para conocer, entender, cuestionar que pasó con su vida, más allá de las anécdotas, más allá de su popularidad. No cabe duda de que está entrando en la historia argentina y se va a quedar para siempre. Seguramente lo van a velar en el Congreso Nacional y una multitud le dará un emotivo adiós final. Todo bien, Raúl. ¿pero qué estuvo mal? ¿Qué parte de todo esto está inconcluso? ¿Qué le queda por hacer a los que vienen?

*Pausa larga. ALFONSÍN tose en forma continua. Se lo nota agotado.*

ALFONSÍN: Es así, como usted dice. La política está enferma de vanidad y las consecuencias de esta enfermedad son un enorme sufrimiento de la gente. Muchos piensan que la sociedad está rota entre peronistas y radicales o ahora que los radicales estamos en baja, surgió una vieja división: los conservadores, los oligarcas, los millonarios contra el pueblo que trabaja o, peor, no tiene trabajo. ¿De qué unión nacional podemos hablar si en los paraísos fiscales hay más dólares de argentinos que en el Banco central? ¿Qué unión nacional si los patrones tienen a los trabajadores en negro? ¿Qué unión nacional si los Bancos son los que más ganan y son extranjeros? Es difícil decirlo, pero yo que soy un optimista incurable, pienso que aún no descubrimos que, detrás de mi famosa ética de la solidaridad que intenté promover durante años, hay un mundo en el que un veinte por ciento de humanos acumulan un ochenta por ciento de las riquezas y el ochenta por ciento

restantes se distribuye un veinte. Un mundo en el que diez multimillonarios podrían alimentar a mil millones de pibes hambrientos.

*Larga Pausa. ALFONSÍN toma el bastón de mando y lo deja en el piso. Sube su manta hasta los hombros y trata de dormir. ELLA descuelga el saco, se lo pone, apaga la luz de la lámpara y luego la del cuarto. ALFONSÍN, vuelve a encender la lámpara.*

*Cuarta Jornada.*

*Mismo espacio. La silla hamaca con la manta a un costado. La luz de la lámpara encendida. La luz del cuarto apagada. Entra ALFONSÍN. Viste un pijama y una bata bordó. Camina arrastrando los pies y tomándose con una mano la cintura. Lleva un celular pegado a su oreja derecha. Habla y escucha. Llega hasta la silla-hamaca y con dificultad se sienta. Tira la manta escocesa al suelo.*

ALFONSÍN (*Habla a través del celular.*)...No te escucho bien, hablá más alto. Tengo, batería tengo, lo que no tengo es paciencia, dale, decime de una vez. (*Pausa.*) No quiero ver a nadie y menos a ese patán. Decile que estoy bárbaro, fuerte como un toro y que, si es posible, se deje de joder con apoyar a los que una vez mandé a la mierda en la Sociedad Rural, esos chupasangre que no dudaron en sostener a la peor dictadura de la historia. Si, decile eso. Decile que no sea tan hijo de puta. (*Pausa.*) “Hijo de puta” no hace falta que le digas, por lo menos de mi parte. Si, ya sé, siempre fue de derecha. Ahora es peor, es un traidor. No...no tenés que decirle que yo digo que es un traidor. No, si...él ya lo sabe...que es un traidor, eso lo sabe...y que dobla para el lado que más le conviene, también lo sabe. Bueno, sí me cuido, dale, te espero, vení a la mañana, de noche duermo y si no duermo leo y si no leo, hablo solo. Si, tenés razón, estoy cabrón. Como siempre. Bueno, es tarde, me están esperando. Che, decime, vos tenés algún contacto ahí arriba (*Señala el techo con el índice.*) no te rías, vos tenés todos los teléfonos de los tipos más importantes, cómo no vas a tener el del “tata, bueno, decile que me dé un par de meses más porque tengo algo importante que terminar. Sí, me cuido. Chau. Gracias, gracias...sí, me cuido. Chau.

ELLA: Discúlpeme, Raúl. Pero no pude dejar de escuchar su conversación. ¿No es un poco demasiado esperar que ese amigo suyo lo convenza al vicepresidente? Usted sabe, cuando le tocó desempatar...

ALFONSÍN: Por eso necesito que usted espere un poco antes de ... Es necesario que él respete la coalición y apoye la lista del gobierno al cual pertenece.

ELLA: Siento decirle que es tarde.

ALFONSÍN: Terminó de pedir una prórroga.

ELLA: Ya hubo varias.

ALFONSÍN: No me gusta deberle favores a nadie. En una de esas, mi amigo, lo consigue. Siempre consigue todo lo que quiere.

ELLA: Y lo cobra caro ¿no?

ALFONSÍN: Ya está pago. Esto que le pedí, viene de yapa.

Hace ya días que vengo reflexionando acerca de este tema que me parece casi indescifrable. Se trata de algo que, en el fondo, es simple pero que viene trabado y no sé bien por qué. Usted sabe, señora, que nunca me gustó el verso político, quizás por eso me cansaba, a veces, escuchar a Ricardo Balbín. Si bien soy un tipo sensible, y eso se nota, no me gusta que nos carguen con el "lamento radical". De Frondizi - de quién desconfiaba, para serle sincero - me gustaba su pensamiento racional, directo, intelectual, profundo. Por eso es por lo que antes de dar las hurras finales necesito tiempo para encontrar una fórmula, un modelo, una teoría para alcanzar la UNIDAD NACIONAL.

ELLA: Cuando se le mete algo en la cabeza aparece el abuelo Serafín, el gallego.

ALFONSÍN: No me interrumpa, que me pierdo. El pacto de la Moncloa me lo puso Felipe González como si me mostrara el as de espadas después de haber jugado en la tercera mano el as de bastos. Lo hablé con Cafiero, con Menem, con Duhalde y hasta pude hablarlo hace poco con Néstor y Cristina. Ellos son peronistas, pragmáticos y ambiciosos.

ELLA: ¿Y ustedes?

ALFONSÍN: Principistas, vuelteros y republicanos.

ELLA: Bah, gorilas.

ALFONSÍN: Me imaginaba, a usted la mandó el general (*Tose y se ríe al mismo tiempo.*)

ELLA: No Raúl, no. Yo soy algo así como su parte gorila. Y también soy su parte populista.

ALFONSÍN: (*Enojado.*) Yo! Yo no soy nada populista, a lo sumo soy popular.

ELLA: Viejo ingenio radical, eso de dar vueltas las cosas para llegar a un mismo lugar.

ALFONSÍN: Eso está bueno. Hay que volver al punto de partida. Lo que estuve pensando para proponer es que en una mesa amplia y redonda cada cual exponga sin tapujos los deseos inconfesables. ¿Sabe por qué?, porque los confesables están gastados. Mire, le voy a decir en pocas palabras. En este país, que es el mío, un ochenta por ciento estaría de acuerdo con dos o tres cosas básicas que necesitamos para CONSTITUIR LA UNION NACIONAL. Una nueva Constitución que no se parezca tanto a la norteamericana, instrumentar un sistema de igualdad basado en la ética de la solidaridad y construir un bloque sólido panamericano, desde México hasta las Malvinas, incluyendo a Brasil. Necesito un par de meses para que el Preámbulo que recité no sea un rezo laico sino un manual de procedimientos para no dejarnos robar por los centros financieros y menos aún por los imperialismos cruzados. Para eso necesito tiempo.

ELLA: Eso que pide es imposible, querido Raúl.

ALFONSÍN: Dos meses pido. ¿Eso es demasiado?

ELLA: Lo va a hablar con Néstor, con Cristina y lo va a incluir al jefe de gobierno Mauricio Macri, al asesor Durán Barba, y a ese chico que dicen que mueve todos los hilos llamado Marcos Peña.

ALFONSÍN: Sé cuáles son los límites y esa derecha es un límite. La democracia es el gobierno de la mayoría, entre otras cosas, y no implica dejarse manipular por los que pisotean. Necesitamos un frente amplio. Un frente nacional, popular y democrático. Esa es la Unión Nacional. Esa es la promesa que me falta cumplir.

ELLA: Usted es un gran optimista.

ALFONSÍN: Hasta la muerte, señora. Siempre hay un futuro. Siempre hay una oportunidad. Y justo ahora, me doy cuenta de que me siento muy bien. Ni toso, mire. Me río y no toso. Este muchacho tiene buenos contactos ahí arriba. (*Pausa*). Hasta mañana, señora.

*ALFONSÍN se recuesta en su hamaca. ELLA lo cubre con la manta. Él se va adormeciendo. ELLA se queda mirándolo en silencio durante un tiempo. Apaga la luz de la lámpara. Y*

*hace un gesto como si cerrara los ojos de ALFONSÍN. Luego, toma el saco y la cartera, apaga la luz del cuarto, cierra la puerta silenciosamente y se marcha. La escena queda en penumbras.*

*Luego de unos segundos, llega el Apagón final.*

(1) <http://espaciodevenir.com/referencias/%e2%80%9cel-valor-de-la-vida%e2%80%9d-entrevista-a-sigmund-freud-por-george-sylvester-viereck-en-1926/>

**SOBRE “EL PUEBLO UNIDO JAMÁS”**

La convocatoria está destinada a obras de teatro cuyo eje temático esté relacionado con los contenidos del Preámbulo de la Constitución Nacional.

**El pueblo unido jamás** es una obra basada en Raúl Alfonsín, quien durante su campaña electoral y, posteriormente como primer mandatario, tuvo como eje conceptual de su discurso político el Preámbulo de la Nación Argentina. Especialmente, citamos su discurso del 1° de octubre de 2008, el último de sus discursos públicos, durante el homenaje que se le rindió en la Casa de Gobierno con motivo de la inauguración del monumento en la sala de Bustos Presidenciales:

*“El 10 de diciembre de 1983, en mi primer mensaje ante el Congreso de la Nación como presidente convoqué a todos los argentinos a una tarea común para constituir la unión nacional.”*

La obra es totalmente ficcional, si bien está fundada en una bibliografía específica y la relación con el presidente Alfonsín durante su campaña electoral y su gobierno (1983-1987.)

La meta del doctor Raúl Alfonsín expresada en sesenta años de actividad política, sus notas periodísticas, sus discursos públicos, sus ensayos políticos, siempre fue constituir la unión nacional, que, más allá, de su formalidad, era expresada en sus intentos de conformar un gran movimiento nacional, popular y democrático.

**El pueblo unido jamás** intenta reflejar ese profundo sentimiento expresado desde 1853 y en sus posteriores reformas por la Constitución Nacional y específicamente en el Preámbulo.

[http://www.derecho.uba.ar/academica/catedras\\_libres/pdf/alfonsinxalfonsin.pdf](http://www.derecho.uba.ar/academica/catedras_libres/pdf/alfonsinxalfonsin.pdf)

Pablo Giussani y Raúl Alfonsín, Por qué Dr Alfonsín, (1987) Ed Sudamericana.

Pablo Giussani, Los días de Alfonsín, (1986), Ed Legasa.

Revista Unidos, “El Alfonsinismo, navegaciones y enigmas”, (1986).

Alberto Ferrari y Francisco Herrera, Los Hombres del Presidente, Ed Tarso (1987).

Julia Constenla, Raúl Alfonsín, Biografía no desautorizada, Ed Vergara 2009.

Conversaciones personales con el Doctor Raúl Alfonsín.

**Lucía Laragione** es autora de teatro y de cuentos y novelas para niños y jóvenes. Formada con maestros como Tamara Kamenszain y Mauricio Kartun. Sus obras han sido estrenadas

y publicadas. Ha recibido el Premio María Teresa León de la ADE (Asociación de Directores de Escena de España) por su obra “Cocinando con Elisa” y el 1er Premio Municipal por “Criaturas de aire”. Sus libros para niños y jóvenes están publicados en su mayoría en el sello “Loqueleo” de Editorial Santillana.

**Marcelo Cosin** es publicitario, periodista y docente. Realizó talleres de literatura y dramaturgia con Agustina Gatto, Elsa Osorio y Sol Rodríguez Seoane.